

AMELIA SUÁREZ ARRIAGA •

Octavio Paz dice que "escribir, quizá no tiene más justificación que tratar de contestar a esa pregunta que un día nos hicimos y que, hasta no recibir respuesta, no cesa de agujonearnos". Y agrega que "los grandes libros son aquellos que logran responder a las preguntas que, oscuramente y sin formularlas del todo, se hace el resto de los hombres".

Tal vez esa búsqueda sea el impulso de las flechas que disparamos para dar al blanco de nuestras inquietudes, pero creo que también es ir más allá, es un acto de fe, de comprobar que de verdad estamos vivos.

En este sentido, al ver a la escritura como una necesidad vital, de inmediato me vienen a la cabeza las palabras de Rilke en sus "Cartas a un joven poeta": "¿verdaderamente me siento apremiado para escribir? Hurgue en sí mismo hacia la más profunda respuesta. Si es afirmativa, si puede enfrentar una pregunta tan grave con un fuerte y simple 'Debo', entonces construya su vida de acuerdo con esta necesidad".

Sabemos que Rilke asumió voluntariamente su destino poético y que renunció a cualquier cosa que no contribuyera a su vocación ¿será, entonces, que los poetas deberían asumir necesariamente esta actitud de entrega?

Las circunstancias han cambiado y me parece que hoy es todavía más difícil enfrentar las dificultades que abre la contradicción u oposición entre la escritura y la vida cotidiana. En el mundo globalizado donde todo está al alcance en un segundo, se ha perdido, hasta cierto punto, ese requisito de soledad y aislamiento para escribir.

Guillermo Fernández dice: "si no escribimos para ser libres en este mundo de esclavos, entonces para qué escribimos".

¿Será acaso que la irrealidad en que uno habita nos asfixia y que a través de la escritura se nos da la oportunidad de experimentar la verdadera vida?

Esta es una pregunta que me hago con frecuencia y para la cual, por lo general, no encuentro respuesta cierta. A veces me pasa algo similar a lo que mencionaba Juan Carlos Onetti al referirse a las personas que cobran vida en los libros más queridos, en el sentido de

que estos individuos, dice el autor, "tienen hoy para mí más vida y realidad, casi más cuerpo, que mis anónimos compañeros de oficina".

Quizá sea la insatisfacción y esta auténtica necesidad de la que hablaba Rilke, lo que nos obliga a seleccionar como el alquimista, las palabras con el peso correcto, las imprescindibles, las necesarias; saber combinarlas, depurarlas, pulirlas, y ponerlas de tal forma que en una transmutación –tocada por la mano de la divinidad– sean el código, la llave, la chispa que encienda la llama por la que podremos, al fin, entrever apenas el enigma de eso que llamamos vida y que ahora buscamos en un túnel.

¿O será que uno insiste en lo que señala Guillermo Fernández: "los seducidos por la Otriedad seguirán caminando hacia donde aún resuena el Canto de las Sirenas, con el Sueño adherido fatalmente a su párpados, rumbo a la propia destrucción"?

El acto creativo se vive obedeciendo a una pasión, con los altibajos propios de ésta. Con frecuencia suelo levantarme con la idea de escribir algo que se me ha ocurrido y con impotencia me doy cuenta, al ver el texto en el papel, que no es exactamente lo que yo quiero. Y es aquí donde vuelvo a oír al autor de las Elegías de Duino: "La paciencia es todo, todos los días lo aprendo y cada vez me cuesta más trabajo". Sin embargo, aunque la paciencia no es algo que se me dé naturalmente, intento, como dice el poeta, "aguardar, madurar como un árbol, resistir a la tormenta".

Asumir el acto creativo es mantenerse alerta ante cualquier hallazgo, percibir el movimiento secreto de las cosas, procurar una visión microscópica todos los días, siempre a la espera de que salte la liebre en cualquier momento. Es permanecer atrapada en la condena que uno mismo se ha impuesto, en la espera de que en algún momento el amor que se le profesa a la poesía sea bien correspondido.

Tras el salto cautivo

¿Cuántas veces te quedaste así?

Tras el salto cautivo de una puerta o junto a una ventana antigua en las ruinas de la tarde. ¿Qué lenguaje extraño hablan las cosas en su mutismo? ¿En qué ocasiones nos alcanzaron con un crujido, una fiebre imperceptible, una ráfaga de claridad fortuita que no respondimos? ¿En qué momento dejamos de oír? Hay un pájaro detenido en la blanda espesura del árbol, entre sus alas aguarda un sueño de abismos, inmóvil en el impulso que recorre sus pequeñas alas ¿así estamos? Asegura el cerrojo, enciende un cigarro, el tren de las seis se oye a lo lejos.

En la respiración contenida de la tarde

En la respiración contenida de la tarde
pájaros rojos sostienen el cielo
Ahora estamos afuera

¿siempre fue así?

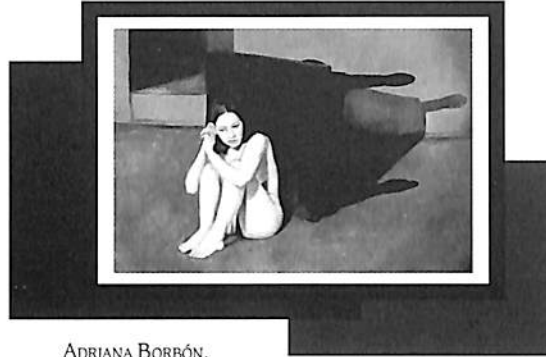
Desliza el cuerpo por el ojo de un segundo
y lo que dejaste ¿aún pervive?
la taza de café, las llaves, la puerta entreabierta
si parpadeas, quizá...
Lo que esperas ¿vendrá sin percibirlo?
En medio del otoño quedamos
atentos a una señal sin que un día
las cosas que amaste te revelaran su secreto
te dieran un signo
un movimiento apenas audible al que asirte.
Bajo el temblor de una pisada
con los sentidos crispados
sin camino ni puerto, sobrevives.

Resquicio

Gira siete veces bajo el chopo de luz
pinta una cruz de incienso en el umbral
deja dormir al polvo que sueña en las ventanas
no podías estar más ávido
apretado en el resquicio de este minuto
permanecemos aún
como estar esperando
en una ceguera permanente
Bajo la sal del día
sólo el canto oscuro de una manzana.



PAULA ZAPATA, Serie *Erotismo*, 2001.



ADRIANA BORBÓN.

En el suave latido de una piedra

En el suave latido de una piedra reposa un sueño mineral. Inmersa en sus dominios sabe que su destino es la permanencia. Por la porosidad de su piel se filtra el silencio, pero en su corazón se agita un batir de alas. La piedra es la semilla del agua, testigo del cansancio del hombre, vigía del sueño interminable de las cosas. ¿Cuántas palabras hibernan en su mirada? La piedra es hortaliza de los desiertos, flor esculpida, moneda de cambio en la desolación. Un gato se desliza por su mente, la inmovilidad le da impulso, sus deseos aéreos despiertan cuando un leve viento le acaricia el rostro. Sin embargo, su sueño de alas no es imposible cuando un niño resortera en mano la dispara no contra la parvada que se avizora, sino contra el blanco volátil de su desconuelo.

Taza de café

Sobre la mesa, la taza de café celebra su oráculo, sacerdote que eleva su plegaria en el lenguaje reblandecido del vapor. ¿Qué ritos de iniciación se concretan en un sorbo? Nada hay en la taza de café que no abra la compuerta del exilio. Conjuro de hechiceras que encuentran en el sedimento un pedazo del misterio. La noche ha decidido dejar un trozo de su cuerpo en esta taza que ahora bebes y te sabe a profecía. ¿Qué calma fingida reposa en sus aguas? ¿Qué hábil alquimista transmutó la humedad en antídoto de luz solar? En el fondo de la taza nos mira un ave agorera, su pico rasga la urdimbre del sueño y en su quieta turbulencia zozobra un barco púrpura. Desde su pequeño recipiente levanta un escudo incontrastable en la vigilia. El lado siniestro que despierta bajo el conjuro del vapor les oprime la garganta a los desesperados, al suicida prematuro, a los que pasan la noche en blanco. Desde su rincón cóncavo, confabula en voz baja sobre el mantel de los amantes separados. Dicen que nada reconforta más que un café en un amanecer incierto, donde la angustia se entumece al mover la cuchara. LC